



La pulga literata

Andree Julieth Villota Realpe

Estudiante Programa de Derecho VI semestre

Cierto día de enero, en la orillas de una biblioteca de Berlín, fruto del encuentro de las páginas sueltas de Julio Cortázar y de las letras torcidas de Alejandra Pizarnik, entre el polvo de viejos libros de pérdida cordura, nació una pulga inusual; casi al instante fue bautizada por los cuentos de Virginia Woolf y de Hemingway, como la Pulga Literata.

Literata tenía alas y no podía volar; sin embargo, albergaba entre sus largas patas, un lapicero y un pequeño libro en blanco; tenía ojos de color gris, anteojos de color morado, un punzón entre su hocico, que se hacía grande si no leía al menos un libro en el día, y un corazón enfermo de taquicardia, que aceleraba sus latidos si no cumplía los deseos que gritaba su alma.

Al no poder volar, la pulga decidió picar todos los libros de la biblioteca; no dejó ni un solo fragmento sin picar; aprendió a amar con los versos y estrofas de cada poesía de los libros de sus padres, a estremecerse con cada signo de puntuación, a llorar con las comas, a enloquecer con los signos de exclamación, a reír a carcajadas con los paréntesis, a respirar con los puntos, a ser sarcástica y respetuosa con las comillas, a hacer diálogos con la raya y a dividir su razón con los guiones... Con la lectura de cada libro se formó el fuerte carácter de la inusual y pequeña pulga, que aunque soñadora, tenía las patas puestas sobre la tierra.

Desafortunadamente, los libros, al estar casi amnésicos por tantos piquetes de la pulga, se llenaron de polvo para ocasionarle problemas de respiración y, aunque pidió consejos de sanación a los libros de Eckhart Tolle y de Isha, la pulga no pudo aprender a vivir en el tiempo presente, enfermó más, y sintió cómo su corazón gritaba; la falta de oxígeno la llevó a perder su cordura: cada vez que picaba un libro, tomaba el karma de su escritor; la mayoría de los escritores que a ella le gustaban, habían sido llamados dementes; la pulga se sentía asmática, delirante, y orgullosa de sufrir como ellos.

Cuando leía los cuentos de Virginia Woolf, se convertía en feminista y quería lanzarse a un río con piedras en sus patas; al leer los poemas de Julio Cortázar, Sabines, William Shakespeare y Neruda, entraba en un idilio de amor y comenzaba a besar a todos los libros de la biblioteca, ¡los amo, los amo!, gritaba con pasión; si leía los libros de Mark Twain comenzaba a creer que el cometa Halley regresaría para asesinarla; ese delirio se contrastaba con los dramas psicológicos que le ocasionaba la prosa de William Faulkner; si miraba los poemas de Sylvia Plath y de Alejandra Pizarnik, sobrevenía la taquicardia y sentía que su alma le pedía que escribiera a gritos largos poemas depresivos en poco tiempo; si las letras que miraba eran las de *Aurelia* de Gérard de Nerval o las de Ernesto Sábato, entraba en el surrealismo; si por el contrario a quien leía era a Baudelaire *Las flores del mal*, quería criticar cada siguiente hoja; cuando leía a Miguel de Cervantes Saavedra, creía que los libros la habían engordado y que ahora tenía una gran panza; al leer el poema de Aurelio Arturo, sentía extrañar a cada libro que había leído, los describía con nostalgia comparándolos con las verdes hojas de los árboles y si releía a Gabriel García Márquez, sentía que había vivido sola durante cien años y se exiliaba a sí misma. En realidad la pulga estaba enloqueciendo.

Literata picó el DSM- IV y sintió que su diagnóstico mental podía ser el de Trastorno Bipolar, como el de los muchos llamados poetas malditos. Ciertamente, la pulga quería ser reconocida, pero no por su dolor; ella quería transmitir un mensaje de fortaleza, cambiar la historia de maldición de los buenos escritores, y aunque se sentía identificada con sus escritores favoritos y se hacía llamar demente, no quería morir de manera cruel; no quería lanzarse a un río con rocas en sus patas, quería que sus alas funcionaran y poder así volar a otras bibliotecas.

En Septiembre, la pulga Literata aprendió a meditar con un libro de Siddhartha Gautama; los fuertes latidos de su corazón hicieron que explotara a gritos, con profundos escritos sobre el libro blanco que llevaba entre sus patas. Literata pudo viajar en la meditación a la Biblioteca del Banco de la Republica de Pasto; sus largas patas se hicieron pequeñas; sus ojos, brillantes; el punzón de su hocico encontró su tamaño normal y sus lentes cambiaron de color morado a azul; ¡se sanó!

De vuelta a la realidad, al sentir que sus alas funcionaban, Literata miró al cielo, sonrió agradecida, y entusiasmada voló a la Biblioteca Hermana Elizabeth Guerrero; allí, sentada, como si hubiese estado esperando por un milagro, la pulga se picó a sí misma, se fusionó, imaginó y escribió mil historias con su latente corazón, esperando que otros lectores buscadores de la sanación, pudiesen encontrar en sus cuentos y poemas, el carácter, la salvación y liberación que ella pudo encontrar, al picar los interminables libros de todos los tiempos.